

LA CASA VERDE

ANDONI
AGIRREZABALA
IZAGIRRE



erein

LA CASA VERDE

52

cosecha roja

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.

La traducción de esta obra ha recibido una ayuda del Ministerio de Cultura, a través de la Dirección General del libro, del cómic y de la lectura.



1ª edición: Febrero de 2025

Diseño de la colección y portada:
Cristina Fernández

Maquetación:
Erein

© Andoni Agirrezabala Izagirre

Traducción:
Iratí Iturritza

© EREIN. Donostia 2025

ISBN: 978-84-9109-986-4

D.L.: D 20-2025

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300

e-mail: erein@erein.eus

www.erein.eus    

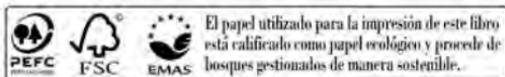
Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008

e-mail: itxaropena@itxaropena.net

www.itxaropena.net



LA CASA VERDE

ANDONI
AGIRREZABALA
IZAGIRRE

Traducción

IRATI ITURRITZA

erein

A Anttonita y a mi abuelo

*Then, in my childhood, in the dawn
of a most stormy life was drawn
from every depth of good and ill
the mystery which binds me still...*

[Entonces, en mi infancia, en la alborada
de una más tormentosa vida, extraje
de cada abismo del bien y del mal
el misterio que aún me tiene sujeto:]¹

Fragmento del poema *Solo* de Edgar Allan Poe

¹ Traducción de María Condor y Gustavo Falaquera (*Edgar Allan Poe. Poesía Completa*, Hiperión) (N. de la T.).

No sé por dónde empezar. No sé si es buena idea meterme en esto. Ni siquiera sé si vas a creerme. Pero voy a intentarlo; no me queda otra, porque todo esto me da muy mala espina.

Antes de nada, me gustaría presentarme. Trabajo como alguacil desde octubre de 1981. Resulta curioso, porque la desgracia que estoy a punto de relatar también ocurrió en octubre de otro año.

Como llevo bastante tiempo dedicándome a esto —cuando escribo estas líneas estamos a trece de enero de dos mil siete—, me entero de todo lo que ocurre en este pueblo. Y por eso escribo esto; porque es preciso que este misterio se resuelva. ¡Ya es hora de que se haga algo! ¿Por qué no se ha investigado hasta ahora? ¡Ha pasado un año, por Dios! ¿Es que la verdad no vale nada en este pueblo?

La cuestión es que hace un par de años ocurrió algo extraño por estos lares. Sí, sí, ya sé que en los pueblos suelen pasar cosas raras. Me consta. Trabajo de alguacil; lo

sé yo mejor que nadie. Pero esto que voy a contarte es diferente, nunca había presenciado algo así. Incluso tuvo que intervenir la policía. Aunque no sé si intervenir es la palabra; lo que hicieron fue molestar, porque investigar, lo que es investigar... Esos agentes se paseaban de aquí para allá sin hacer nada de provecho. Bueno, en fin, da igual, no quiero volver a enfadarme.

Un trágico accidente. Así lo describieron: trá-gi-co. Y punto. Se ciñeron a los hechos objetivos, superficiales, y después se marcharon tan tranquilos; por lo visto, lo mejor para todos era volver a la normalidad. Y, por supuesto, desde el ayuntamiento también cumplieron con su deber. Asintieron solemnemente y hala, a otra cosa mariposa.

A los tres días, todo el mundo había vuelto a su rutina; iban al bar, a la compra y a la plaza como si nada y los niños jugaban de nuevo en el parque. Todos fingíamos tranquilidad, pero ¡qué narices!, estaba claro que seguíamos muy afectados.

Una noche, mientras le daba vueltas a todo esto, se me ocurrió escribirlo. Has encontrado este documento en el cajón de mi escritorio del ayuntamiento. Aquí está todo: me he dedicado a recopilar varios testimonios, incluido el mío. Te prometo que no me he inventado nada, ¿por qué habría de hacerlo? Pedí a los testigos que escribieran lo que quisieran en torno a lo ocurrido; que, cuando tuvieran ganas, cogieran un boli o un lápiz y escribieran sin miedo todo lo que recordaran, y que después me lo entregaran.

También les di la opción de hablar conmigo; les haría preguntas y grabaría sus respuestas. Eso lo hicimos en una sola ocasión y creo que hubiera sido mejor evitarlo, porque me parece a mí que cuando estamos solos y nos ponemos a escribir tendemos a ser más sinceros que cuando hablamos con otra persona.

En fin, quiero dejar claro que he respetado todas y cada una de las palabras de los testigos. O, al menos, la mayoría de ellas. Lo cierto es que he corregido un par de detalles. Son solo eso, tonterías. Y también he ordenado los testimonios a mi manera, para que quede más bonito. Pero por lo demás no he cambiado nada. Te lo juro por lo más sagrado.

Mi intención con todo esto no ha sido otra que esclarecer lo ocurrido en la Casa Verde del pueblo, aquel 29 de octubre de 2005. La verdad es que, después de revisar los documentos, lo veo todo mucho más claro.

Querido lector, querida lectora; ahora está en tus manos. Tú verás qué haces con toda esta información.

TESTIGO: Begoña.

FECHA DE LOS ACONTECIMIENTOS: Domingo, 23 de octubre de 2005.

OBSERVACIONES DEL TESTIGO: Lo de Begoña es un seudónimo que me he inventado, porque claro, imagínate que lo lee alguien del coro. No, ni hablar; no quiero que nadie vaya por ahí hablando mal de mí.

Los domingos nos juntamos todos para comer. Hasta ahí, todo normal. Nuestra casa queda cerca del río, en una zona con varios edificios más viejos que el nuestro, que no debe de tener más de treinta años. Me acuerdo porque lo construyeron cuando nos casamos. Tengo las fotos de la boda aquí mismo, sobre el escritorio. ¡Madre mía, qué joven estaba mi Mikel! Y yo... ¡como una diva! Ay, Dios... ¡el tiempo no perdona! Aunque nuestra calle, que es la principal del pueblo, no ha cambiado nada. Lo que más me gusta de esta zona es que cada casa es de un color diferente; las hay amarillas, marrones, de color gris hormigón... Hay incluso una de color salmón con una vidriera preciosa en el tejado. Pero la casa más grande de todas es la de enfrente. Tiene las contraventanas verdes y un balcón con una barandilla negra, y a veces los vecinos ponen flores rojas sobre el buzón de la entrada.²

² Nota: al relato le sigue una página tachada. Resulta incomprensible.

Perdona, he tenido que parar; ya no sabía ni lo que estaba escribiendo. Ay, Begoña, ¿qué le importará a la gente el color de las casas de esta calle o su fecha de construcción? A mi favor diré que en cuanto me pongo a escribir veo algo por el rabillo del ojo; una suerte de conciencia nihilista que, en toda su crueldad y sin moverse un ápice, igual que uno de esos bichos que se esconden en los muebles bajo el colchón, se sienta sobre mi cama y me observa en la oscuridad. No para de recordarme lo que presencié aquel día, y entonces empiezo a jadear como si estuviera a punto de ahogarme en un pantano plagado de almas. Si tú estuvieras en mi lugar, créeme, también reaccionarías así.

Pero ya basta. No me extenderé en detalles sin importancia, a no ser que mencionarlos resulte absolutamente imprescindible. A partir de ahora pienso ceñirme a lo que se me ha pedido. Ahora sí, me pongo a ello. Y después, sanseacabó: no volveréis a saber de mí.

A lo que iba: aquel domingo no paraba de llover. Era mediodía y habían venido mis tíos, mis sobrinos y una hermana de mi abuela que vive por aquí cerca. Estaban todos tan a gustito en nuestro salón, conversando al calor del hogar. Me fui a la cocina a ayudar a mi madre y a mis tías. Mi madre es la mayor de las tres. Ellas también estaban charlando; lo recuerdo bien, nunca olvidaré sus palabras ni el tono que emplearon.

—Por lo visto, se marchó hace ya una semana y todavía no ha vuelto —comentó mi tía.

—¿Qué es eso de que no ha vuelto? Suele ir a cenar con su padre, se habrá quedado en su casa, mujer.

—No, no —explicó mi tía—, es que hubo bronca... Se dijeron de todo... lo nunca visto, chica. Bueno, sobre todo fue él... Lo que escuché no me gustó ni un pelo.

—En esa familia todos tienen muy mal genio. —Mi madre me hizo un gesto para que vigilara la comida que había en el fuego. Por el olor, adiviné que se trataba de un guiso—. ¿Os acordáis de aquel tío suyo? ¿De lo que le hizo a su primo?

—Bueno, bueno, mujer. Eran otros tiempos.

—Quizás haya vuelto a beber. —Mi tía se santiguó.

—¡Dios mío...! —exclamó mi madre.

—Pues no me extrañaría nada que esta también se marchara.

—Desde luego, si la trata igual que a la anterior...

—¡Dios mío...! —repitió.

Me metí en la conversación.

—Bueno, en realidad no sabemos lo que pasó. Además, fue hace mucho tiempo.

—¿Que no lo sabemos? No lo sabrás tú, guapa, porque yo lo tengo clarísimo.

—¿Que pegaba a su mujer?

—Volvía borracho del bar y solían montar un jaleo de campeonato. Incluso cuando el hijo era recién nacido.

—Para que una mujer se marche y abandone a su hijo tiene que pasar algo muy grave...

Se nos puso mal cuerpo y seguimos a lo nuestro. Más tarde, volvimos a comentar el asunto.

—Qué pena me dan los hijos... Además, la niña está malita.

—Sí, tiene una enfermedad de los huesos. Es de la edad de Jon.

Mi tío, el hermano de mi madre, entró a la cocina. En cuanto escucharon el sonido de la puerta al abrirse, las tres hermanas se callaron. No me daría cuenta de la importancia de lo que habían dicho hasta pasados unos días.

Como siempre, la sobremesa acabó por alargarse y todos se juntaron frente a la televisión para ver la pelota. Me puse a recoger todos los cacharros y a fregar tranquilamente. Quería estar sola y observar la lluvia desde la ventana de la cocina. La lluvia suele tener en mí un efecto tranquilizador. Ese día también funcionó.

Escuchaba el murmullo de la tele desde el otro lado del pasillo. Tenía las manos mojadas y observaba el exterior. Llovía con fuerza y se habían formado charcos en el suelo. Las gotas de lluvia estallaban contra el suelo una tras otra, como si alguien las estuviera obligando a precipitarse. No había nadie por las calles.

Por aquel entonces, al igual que ahora, teníamos el balcón lleno de plantas; había tiestos con arbolillos en las cuatro esquinas, a resguardo bajo la cornisa del piso superior. Las hojas secas no tardarían en sufrir las consecuencias del aguacero. Estuve un rato así, mirando por la ventana; no sé

cuánto, porque no llevaba reloj. ¿Cuánto tiempo hay que estar respirando frente a una ventana para que el cristal llegue a empañarse?

Los de la sala empezaron a requerirme pronto: ¿Queda café? Que si Begoña esto, que si Begoña lo otro... Eran mis invitados y tenía que atenderlos como es debido.

Justo cuando estaba a punto de correr la cortina, atisé el perfil de un hombre en la casa de enfrente. Nuestra calle es muy estrecha, no sé si lo he dicho ya. Desde la ventana se puede ver si hay alguien en la casa de enfrente.

El hombre estaba igual que yo, entre el cristal y la cortina. Lo miré, para que pudiera saludarme si él también me veía. Pero no me hizo ni caso.

Aunque parezca increíble, no lo conocía. Digo que puede parecer increíble porque los de enfrente son vecinos de toda la vida y los conozco perfectamente: Arantxa y Pedrito y sus hijos, Xabier y Sara. Los de la Casa Verde. En este pueblo nos conocemos todos; yo, de hecho, conozco a todo el valle, porque me interesa la vida del resto. Pero no me malinterpretes, no es que sea una cotilla, a mí no me va eso de ir por ahí marujeando. Lo que pasa es que me gusta estar informada sobre las cosas que pasan en mi entorno. Eso no es pecado, ¿eh? Bueno, a lo que voy es a que esa persona no era de por aquí. Por un momento pensé que podía tratarse de algún primo de Pedrito, uno de esos familiares de Pamplona que vienen por Navidades. Me equivocaba.

El hombre tendría unos cincuenta años; era delgado y vestía de negro. Lo que más llamó mi atención fue su cara. En fin, si estoy escribiendo este maldito texto es justo por eso. Como siga así, voy a acabar de los nervios. Bueno, Begoña, escribe y punto. Y cuando termines, sanseacabó.

Tenía arrugas y unas fosas nasales pequeñísimas, del tamaño de un lunar. Y sus ojos... ¡Menudos ojos! Eran del todo negros, tan oscuros como su ropa. Y el iris era de un color rojo sangre. Nunca había visto a nadie observar la lluvia de esa forma.

Me escondí detrás de las cortinas antes de que me viera. Creo que no llegó a hacerlo. O yo, al menos, prefiero pensar que no se fijó en mí. Desde entonces, me ando con cuidado cada vez que llueve y me da por mirar por la ventana.

TESTIGO: Alguacil.

FECHA DE LOS ACONTECIMIENTOS: Lunes, 24 de octubre de 2005.

OBSERVACIONES: A las 06:00: $T^a=7\text{ C}^\circ$; humedad=%94.

Vivo en un antiguo caserío familiar renovado, en lo alto del barrio, al otro lado del río. Cuando salgo de casa, bajo una cuesta de hormigón, avanzo unos cien metros por el sendero custodiado por un castañar y llego hasta una carretera de sentido único. Hacia arriba están las fábricas de pienso y, todavía más arriba, otro pueblo. Si sigues bajando llegas hasta un puente que une este barrio con la calle principal.

Desde que construyeron la nueva carretera, esa que algunos llaman variante y rodea el pueblo en lugar de cruzarlo, casi no pasan coches por aquí. Así que nuestra vieja carretera es muy tranquila; no se escucha ruido de ruedas ni de motores. Y aun menos a las siete de la mañana.

Me había puesto el buzo de trabajo y, como cada mañana, me dirigía al ayuntamiento. Crucé la carretera a la altura de la escuela y me dirigí hacia el puente. El camino no está muy bien iluminado, solo hay un par de farolas, de cuyo trabajo bien podrían encargarse un puñado de luciérnagas. Cuando convocamos reuniones en el ayuntamiento, no me canso de insistir en que hay que instalar más farolas, porque la gente está intranquila cuando vuelve a

casa por las noches. Pero siempre me dicen que no hacen falta más, porque hay casas alrededor. En fin, que se ve lo suficiente como para no caerse de bruces.

Llegué hasta el puente. El río llevaba mucha agua, el nivel había subido un par de metros en los últimos días. En otoño no para de llover.

Enseguida llegué al ayuntamiento. Si cruzas la placita con la escultura y te resguardas bajo los soportales, no tardas en encontrar la entrada al edificio. Más adelante hay una plaza más grande. A la izquierda hay varias casas, que son las más antiguas de todo el pueblo, y detrás están el río y el puente de piedra del siglo XVII.

Total, que cuando llegué a la plaza de la escultura el anciano me saludó como cada mañana. Lleva tiempo jubilado y suele pasar las mañanas sentado en un banco. A las seis y media ha terminado ya de dar su paseo y se queda un ratito sentado hasta que abre la panadería. Un día le pregunté a ver si sabía cuándo abría el establecimiento —porque pensé que se resfriaría si se quedaba esperando hasta las ocho en aquella placita tan gélida— y me contestó que sí, que lo sabía; y que esa hora llegaba siempre antes de lo que a él le gustaría.

—Que tenga usted buen día —lo saludé—. Cómo se nota que estamos en octubre, ya empieza a refrescar.

Estaba sentado como siempre, con las manos sobre las rodillas y la *txapela* puesta. Era un hombrecillo pequeño y fuerte, de piel pálida. Jamás lo había visto de mal humor.

—Hoy también viene usted temprano –me respondió sonriente—. El mes de octubre al frío descubre.

Avancé hasta el ayuntamiento sin detenerme. Siempre me saludaba así.

Me puse a trabajar hasta que, a eso de las nueve, me llamó mi compañero. Acababa de empezar en el puesto. Era un chaval del pueblo, treinta años más joven que yo. Regresaba de la calle principal.

—Ven a ver esto.

Llevaba el buzo arremangado y el pelo, que era corto y rubio, despeinado. Tenía los zapatos y los pantalones manchados de barro y cara de haber dormido poco.

—¿Adónde? –le pregunté.

—Ven, que te lo enseño.

El chaval es de piernas y pies grandes, así que anda bastante despacio. Aunque en esta ocasión nos dimos prisa. Él iba por delante y me guiaba.

En un rincón al final del paseo por la ribera, junto al puente de piedra, hay unos contenedores de basura colocados entre una de las paredes del ayuntamiento y el muro del puente. Lo cierto es que habría que darle un repaso a la zona, que en los últimos tiempos está muy dejada. Yo limpiaría el suelo y luego lo nivelaría y lo pavimentaría, dejando un hueco a cada lado para que no se enfangue.

—Cuidado –me dijo, tras dejarme pasar.

Nadie tiraba la basura en aquellos contenedores. Solía bastar con pasar a recogerla cada dos o tres meses.

—Acércate despacio —añadió con seriedad.

¡Menos mal que le hice caso! Había un montón de bichos; y, entre ellos, se adivinaba la silueta de un perro. Saqué el cadáver para verlo mejor.

—Cuando he llegado esta mañana había una mujer esperando en la puerta del ayuntamiento. Al verme, se ha puesto histérica. Le he preguntado que qué le pasaba y se ha puesto a explicarme que los jóvenes de hoy en día son unos sinvergüenzas.

El perro no llevaba mucho tiempo muerto. Se distinguían varias marcas rojizas entre las manchas de su pelaje; sobre todo en el cuello, donde además tenía un corte profundo.

Mi compañero continuó hablando.

—He insistido, y me ha contado que anoche escuchó a varios jóvenes armar jaleo; que le pareció que el ruido venía de las escaleras de la Torre, al otro lado del puente. Y que eso no era normal. Después vio que habían prendido fuego a los contenedores.

Olía a quemado, pero no había ni rastro de quemaduras en el cadáver del perro.

—Le he dicho que quemaron hojas de periódico, para que se quede tranquila. Parece que ha funcionado.

—Pues menos mal que no ha visto esto —le respondí. Metimos el cadáver en un saco.

—Guárdalo en la furgó —le dije—. Lucas sabrá qué hacer con él.

—¿Lucas, el enterrador?

—Sí. Habrá que pedirle que vuelva a abrir el hoyo del Fresno. —Mi compañero me miró sin comprender—: Te lo cuento de camino al cementerio. Venga, vamos.